

Cees Nooteboom

El azar y el destino

Viajes por Latinoamérica

Traducción del neerlandés de
Isabel-Clara Lorda Vidal

Siruela

El Ojo del Tiempo

Índice

| | |
|----------------------------------|-----|
| Prólogo | 9 |
| Los decorados de Trinidad | 13 |
| Hilversum a orillas del Demerara | 17 |
| La luna es una antorcha | 20 |
| Al otro lado está Francia | 27 |
| El rey de Surinam | 31 |
| <i>Gran Río</i> | 35 |
| Trinidad | 36 |
| Regreso | 37 |
| Jardín | 42 |
| Cementerio | 44 |
| Candomblé | 47 |
| Partido | 50 |
| Bahía | 53 |
| Una mañana en Bahía | 56 |
| Manaos | 59 |
| Titicaca | 60 |
| Bolivia amarga | 61 |
| Altiplano | 99 |
| Entre las dos Costas Ricas | 100 |
| Llegada a México | 110 |
| El sabor del destino | 117 |

| | |
|--|-----|
| El grito de Hidalgo | 126 |
| Cadáveres y señores burgueses | 134 |
| El venado y el príncipe rana | 139 |
| Teotihuacán, pirámides del Sol y la Luna | 147 |
| La sombra de Robert Mitchum | 153 |
| Pájaros y ruinas | 161 |
| Bogotá | 177 |
| Vía el cabo de Hornos a Montevideo | 178 |
| Borges | 220 |
| Juarroz | 222 |
| Ruinas en la selva | 223 |
| <i>Guadalajara</i> | 223 |
| <i>Pátzcuaro</i> | 228 |
| <i>Las ruinas de Tzintzuntzan</i> | 233 |
| <i>Morelia</i> | 234 |
| <i>Atardecer en Mazamitla</i> | 236 |
| <i>Los colores de Campeche</i> | 237 |
| <i>Mérida</i> | 243 |
| <i>Atardecer en el Zócalo</i> | 244 |
| El ladrón de recuerdos | 246 |

Prólogo

Querida Isa:

Nunca hubiera imaginado que, después de tantos años, le escribiría a mi traductora un prólogo en forma de carta. He traducido suficientes poemas para saber que existe un vínculo muy especial entre un poeta y su traductor, algo que en nuestro caso se intensifica por el hecho de que tu tío Francisco Carrasquer fue el primero en verter a mi querida lengua española mis poemas de juventud y la novela *Rituales*, seguido por tu padre, Felipe Lorda, que tradujo *En las montañas de Holanda*, una obra en la que traté de investigar en forma de cuento la relación entre España y los Países Bajos, y con ello, entre sur y norte. Tu tío, tu padre y tu madre vivían en Holanda como exiliados del régimen de Franco. Ellos fueron los primeros españoles auténticos que yo conocí y en realidad también la razón por la que desde 1954 no he dejado de viajar a España ni un solo año. Lo que no podíamos saber por aquel entonces es que tú, sesenta años después, traducirías mis primeros relatos de viaje, pues, al fin y al cabo, mi primer viaje fuera de Europa lo hice con veintitrés años, cuando tú solo tenías un año. Estamos hablando de 1957. Yo me había enamorado de una chica de Surinam, entonces todavía una colonia neerlandesa en tierra firme sudamericana. Eran otros tiempos. En aquellos días, si la chica tenía dieciocho años, era necesario pedir la mano de la novia al padre, y el padre en cuestión vivía en Paramaribo, la capital de Surinam. El hombre era además director de la compañía marítima local y el azar quiso que esa compañía hubiera construido aquel año un barco en los Países Bajos que en 1957 realizaría su *maiden voyage* a Sudamérica. Yo buscaba a una chica y la compañía buscaba tripulación, de modo

que su padre me escribió una carta invitándome amablemente a viajar en su barco para ir a conocer a la familia en Surinam. Y añadió que me ofrecía la posibilidad de ser contratado como marinero, con lo que podría ganar trescientos cincuenta y nueve florines. «Un americano lo haría», me sugirió entre paréntesis en esa época tan diferente a la de hoy. No supe qué contestar a eso, así que zarpé de Róterdam en 1957 en el *Gran Río*, así se llamaba el barco, para mi primera travesía rumbo a Surinam que pasaría por Lisboa, Trinidad, Georgetown y lo que entonces aún se denominaba Demerara o la Guayana británica. Más adelante el *Gran Río* se iría a pique cerca de Trinidad y Tobago. Aquella travesía me inspiró un poema en el que hablo del color tan distinto del agua que vi cuando nos aproximábamos a la costa de ese continente tan distinto y el oficial me dijo: «Esto es arena del Orinoco». Era el color de la tierra que los grandes ríos arrastraban hacia el océano, así que avisté el color de la tierra antes que la propia tierra. A bordo me tocó servir mesas, limpiar váteres, llevar vasos de limonada a la sala de máquinas por unas escaleras metálicas estrechas y empinadas. La tripulación era de color, excepto los oficiales de más alto rango y yo. Compartía mi camarote con el chico más negro que había visto jamás y a él debió de sucederle lo mismo, pues nunca he sido más blanco de lo que fui entonces. *Maiden voyage* es el término perfecto. Todo lo que yo había vivido hasta aquel momento eran la guerra mundial, mis años de interno en seminarios, mis primeros viajes europeos, mis primeros viajes a España y la revuelta en Hungría, pero nada me había preparado para la violencia, los colores y los sonidos del continente que más adelante visitaría muchas veces. El trópico me abrumó, literalmente, y en realidad me sigue abrumando. Cuando miraba el mapa veía asomar detrás de las fronteras de Surinam un continente gigantesco, Brasil, Venezuela, Bolivia, Argentina, y tenía la firme determinación de visitar esos países infinitamente diversos en mi vida futura. Fue entonces, como principiante, cuando escribí mis primeros relatos de viaje. Un par de ellos están en este libro. No son crónicas de viaje en un sentido estricto, son más bien historias sobre mis primeras experiencias en una parte de Sudamérica que también es *terra incognita* para la mayoría de mis amigos argentinos, chilenos y mexicanos, y en ese sentido el subtítulo de este libro podría ser engañoso, si no fuera porque fueron precisamente esos lugares los que me hicieron comprender lo fina que es la capa europea

que cubre esos países que a veces tienen más que ver con África que con el mundo occidental de los colonizadores. Esos primeros países que visité tampoco son latinos, eso no lo experimentaría hasta más adelante, en Bolivia, México y Colombia, donde el recuerdo de un poderoso pasado precolombino anterior a los españoles y el choque fatal entre dos poderes de regímenes absolutistas siguen siendo visibles hoy. Este no es en primera instancia un libro político, es el relato de mi encuentro con unos países que me han fascinando cada vez más a lo largo del tiempo, con sus diferencias en acentos y en percepciones históricas. Desde aquel primer viaje inocente he regresado a Latinoamérica una y otra vez. En realidad no he hecho otra cosa que mirar, escuchar y leer en un mundo que pertenece tanto a Borges como a García Márquez y Octavio Paz, tanto a Drummond de Andrade como a Clarice Lispector, Mutis, Vallejo y a los nuevos escritores jóvenes como Álvaro Enríque, Alejandro Zambra y Valeria Luiselli, que perpetúan una magnífica tradición literaria. Todo ese conjunto configura un mapa inconmensurable que ha conocido la tragedia de las tierras conquistadas, de las dictaduras y de la colonización, que ha vivido la revolución, la liberación y el ascenso, y adonde espero regresar cada vez que pueda mientras el cuerpo aguante. Esa otra lengua que oí por primera vez en España y que me ha acompañado, con sus diversos matices y formas, en todos esos viajes, se me antoja, junto a mi propia lengua, la más bella del mundo. Esa es la lengua en la que tu padre, tu tío y tú habéis vertido mis libros. Y tú sigues haciéndolo. Quisiera transmitirte mi más profunda gratitud y también a mis otros traductores, como Julio Grande, Carmen Bartolomé o Fernando García de la Banda.

CEES NOOTEBOOM

Los decorados de Trinidad

Tras navegar ininterrumpidamente durante catorce días en el *Gran Río*, el pequeño carguero que me llevará de Lisboa a Paramaribo, tengo la sensación de que hasta mi circulación sanguínea discurre por la sala de máquinas. Es la famosa anécdota del hombre que se despierta cuando se detiene el despertador: en la bendita mañana del último día, el motor altera de improviso su ritmo y me despierto del sueño con un sobresalto. El ojo de buey fotografía el milagro: un conjunto de colinas verdes, difusas en la lejanía, se acerca hacia nosotros flotando en el mar. Trinidad.

En la cubierta todavía hace fresco. Una bruma ligera y vacilante cubre el mar. Una gaviota alza el vuelo y se acerca hacia nosotros con un lento batir de alas. El romanticismo, del que desgraciadamente hay que prescindir en el desierto atlántico (esto es un aviso), pasa navegando a nuestro lado. Los marineros arrojan la escalerilla, el piloto sube a bordo. Se parece a la imagen que yo siempre me hice de Slauerhoff¹: un hombre menudo, ligeramente encorvado, un rastro de fatiga alrededor de los ojos y de la boca. El piloto va completamente de blanco: los zapatos, los calcetines, el pantalón. Todo él pulcrísimo, incluido su inglés culto. Me olvido de él de inmediato en cuanto atisbo el primer tiburón de mi vida y luego me olvido del tiburón y del piloto al ver los muelles donde los descargadores con bicicletas decorativas y ropas de quinientos colores esperan la arribada del barco. Detrás de los muelles está la ciudad. Cuando arribemos, ya habrá empezado a apretar el calor.

¹ Jan Jacob Slauerhoff, destacado poeta y narrador neerlandés (1898-1936). Realizó numerosos viajes en barco alrededor del mundo, en especial a Latinoamérica, como médico de a bordo. (*N. de la T.*)

Trinidad siempre me ha atraído. ¿Por qué? ¿Por su nombre? ¿O porque Colón perdió ahí un ancla? Sea como sea, la isla se encuentra bajo la vigilancia estricta de una Boca de la Serpiente y una Boca del Dragón.

La capital, Port of Spain, es una ciudad bulliciosa, por lo que cabría inferir que existe de verdad. Pero eso sería incurrir en un grave error. No, Port of Spain no es más que un decorado con unos figurantes dispuestos para un imposible espectáculo de masas, un decorado que fue abandonado en el instante en el que empezaron a filmar... y, como ninguno de los figurantes tenía dinero para regresar a su país (a China, India, África, Siria, Portugal), permanecieron todos en la isla. Hoy habitan esos decorados despintados con su encanto algo decadente, hablan al ritmo del calipso, confunden al inocente viajero y le hacen una petición en un cartel aparatosamente enmarcado en una red de rizos metálicos: *Please, do not spit on the pavement*. Quien no disponga de mucho tiempo, puede llegar aquí bastante lejos leyendo. *Britannia rules* y, nostálgicamente, el Reino Unido ha rociado las calles, callejas y callejones con los nombres londinenses más nobles: Picadilly serpentea con dificultad a lo largo del mar y Oxford Street es una penosa cuesta hacia ninguna parte. En el centro abundan las tiendas chinas, sirias y judías, incluyendo José T. Gonsalves Licensed to Sell Spirituous Liquors y The Afro-Indian Talent Foundation, o lo que Dios quiera que sea. Olores, gente vestida de forma variopinta que te llama expresándose en múltiples idiomas. No hay nada que no quieran venderte, desde las frutas más siniestras hasta los tejidos más tentadores. Y avanzas entre todo esto con dificultad, con un sol sobre los hombros y un sol padre sobre la cabeza. Estás en el trópico.

No hay lugar donde esa inextricable situación se manifieste más que en un cementerio. Disculpe que lo diga, pero ahí al menos la gente yace tranquila y todo está más ordenado. El cementerio se llama Lapeyrouse y se parece un poco a Nueva York: los muertos viven en unas calles perfectamente rectas y numeradas. No es que aquí aspiren a imponer una política de discriminación, aunque es innegable que los chinos, por ejemplo, se congregan todos en la calle Veintidós y que la calle Catorce tiene todo el aspecto de un silencioso barrio comercial que reconoce su mortalidad. El cementerio está mal cuidado. Los senderos todavía aguantan, pero los sepulcros, deteriorados con el tiempo, sufren

un triste abandono, con sus columnas afligidas y sus urnas en duelo, destruidas y fracturadas, que hace ya tiempo que ignoran quién es el muerto. Algunas tumbas ya fueron cubiertas por las malas hierbas antes de la llegada de Colón o derribadas por la invasión de una planta epífita de un morado terrible. Veo aquí a un tal Henry Moore —antes de su tiempo— y, por lo demás, los nombres de unas muchachas de las que uno se enamora de inmediato. *Adèle de Gannes, douze ans* (1879..., ¿qué debió de pasarle? Un vestido de marinera blanco, una melena larga con un lazo de raso, el retrato infantil de Colette); *Gladys de Luz (nasceu 1898 e falleceru 1920)*. El apartamento pomposo de la familia Siebert —*a native of Prussia, Germany*— demuestra que los señores Siebert no tenían una forma de pensar muy aria. Al lado de Gustaf y Georg me encuentro por fortuna con Juanita, Carmelita, y en la siguiente generación con Ana Angolino, Escolástica de Jesús Grillet de Siebert.

Del cementerio al barrio pobre se tarda a pie una calurosa hora. También aquí hay inscripciones en los muros de madera, en este caso de naturaleza didáctica y teológica: *We are as happy as we are CLEAN... we are as healthy as we are CLEAN... we protect our Beloved Ones when...* Todo ello en Belgrade Street. Las callejuelas son ahora muy empinadas y a veces incluso más estrechas que las de Ámsterdam, pero gracias a sus elegantes nombres conservan su categoría superior. Los barracones, mucho más que eso no suele haber en el barrio, están hechos de piezas sueltas de madera, cinc, trapos, cartón. La mayoría solo dispone de una habitación. Los niños negros sentados frente a las puertas miran sin decir nada. El ambiente parece asfixiante y la gente apática o ¿será porque es la hora de más calor del día? Las aceras están sin asfaltar. Te sientes un intruso en este lugar y regresas rápidamente a la ciudad seguido por la súplica «OH, LORD, LORD, LORD, protect us from the people that say JESUS came on earth in 1914!».

La noche en Port of Spain se la reserva uno para ocupaciones más frívolas, siempre que el día le haya dejado un poco de energía. Los clubes nocturnos, como suelen llamarse, de aspecto miserable, están dispuestos en una pequeña hilera detrás de la Dock Area, a las afueras de la ciudad. El lugar no está muy concurrido. Tampoco es que sea muy divertido. Los clubes están habitados por unas cuantas señoras cuyo atractivo es menor de lo que sus respectivas razas debieran tolerar. Esperan aquí a los

marineros y estos acuden a visitarlas a la antigua usanza. Bailan al ritmo de una música folclórica de percusión, lo que quiere decir que los instrumentos de la orquesta son unos platos, cada cual con su tono, una especie de toscó gamelán con el que tocan toda clase de arreglos. Después de unos tres bailes, de los que se infiere que la cadera occidental es una parte del cuerpo muy degenerada en comparación con la sudamericana, su señora le comunica que tiene hambre y pide un pollo. A continuación desaparece para engullir el animal en algún lugar del club.

Esa escena no debe apenar a nadie, porque en la calle espera una flota de taxis dispuestos a llevar al pobre fiestero a su barco en ese mismo momento o más tarde. Y apenas unas horas después los hombres ya vuelven a ser marineros, rumbo a Georgetown.

[3 de agosto de 1957]